



Oración, ayuno y limosna: elementos fundamentales de la Cuaresma

El Evangelio del Miércoles de Ceniza nos indicaba los elementos del camino espiritual de la Cuaresma: la oración, el ayuno y la limosna. A lo largo del tiempo estas prescripciones de la ley mosaica habían sido corroídas por la herrumbre de lo social.

Jesús pone de relieve una tentación común en estas tres obras, que se puede resumir precisamente en la hipocresía. La nombra tres veces: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos [...] Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta por delante como hacen los hipócritas [...] Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie para que los vea la gente. [...] Y cuando ayunéis no pongáis cara triste como los hipócritas”. La voz recia de Jesucristo nos despierta y llama a todos a una religión sincera. Se nos insiste en no dejarnos dominar por las cosas que aparentan. Lo que cuenta no es la apariencia. El valor de la vida no depende de la aprobación de los demás o del éxito, sino de lo que tenemos dentro.

El primer elemento es la oración. La oración es la fuerza del cristiano y de cada persona creyente. En la debilidad y en la fragilidad de nuestra vida podemos dirigirnos a Dios con confianza de hijos y entrar en comunión con Él. Ante tantas heridas que nos hacen daño y que nos podrían endurecer el corazón, estamos llamados a sumergirnos en el mar de la oración, que es el mar inmenso de Dios para gustar su ternura. La Cuaresma es tiempo de oración, de una oración más intensa, más prolongada, más asidua, más capaz de hacerse cargo de las necesidades de los hermanos. Oración de intercesión para interceder ante Dios por tantas situaciones de pobreza y sufrimiento.

El segundo elemento significativo del camino cuaresmal es el ayuno. Debemos estar atentos a no practicar un ayuno formal o que en verdad nos sacia porque nos hace sentirnos satisfechos. Ayunar significa liberar nuestra existencia de todo lo que nos estorba, para abrir las puertas de nuestro corazón a Aquel que viene sobre nosotros pobre de todo, pero lleno de gracia y de verdad. Nos ayuda a cultivar el estilo del buen samaritano, que se inclina sobre el hermano en dificultad y se ocupa de él. El ayuno comporta la elección de una vida sobria en su estilo, una vida que no derrocha, una vida que no descarta. Ayunar nos ayuda a entrar el corazón en la esencialidad y en el compartir. Es un signo de toma de conciencia y de responsabilidad ante las injusticias, los atropellos, especialmente respecto a los pequeños, y es signo de confianza que ponemos en Dios y en Su providencia.

Tercer elemento, la limosna. Ella indica la gratuidad, porque en la limosna se da alguien de quien no se espera recibir algo a cambio. La gratuidad debería ser una de las características del cristiano, que consciente de haber recibido todo de Dios gratuitamente, es decir, sin mérito alguno, aprende a donar a los demás gratuitamente. Hoy a menudo, la gratuidad no forma parte de la vida cotidiana donde todo se vende y se compra. Todo es cálculo y medida. La limosna nos ayuda a vivir la gratuidad del don, que es libertad de la obsesión del poseer, del miedo a perder lo que se tiene, de la tristeza de quien no quiere compartir con los demás el propio bienestar.

Uno de los desafíos más urgentes de hoy es el de la globalización de la indiferencia. Por eso, globalizar el amor de Dios es una respuesta que urge dar y que ha de convertir en la gran propuesta que los discípulos de Cristo hacemos a todos los hombres. En este sentido, no podemos permanecer indiferentes ante los problemas de una gran parte de nuestra gente, los agricultores. Muchos sacerdotes que sirven en las zonas rurales me han expresado su solidaridad con ellos. Pidamos para que cuanto antes puedan solucionarse sus reivindicaciones y puedan seguir realizando su actividad en bien de todos. Asimismo, pidamos por el trabajo digno de tantos hermanos nuestros que se encuentran con dificultades.

La gran afirmación inicial de la cuaresma es que no somos lo que hacemos. No somos trabajo. No somos pura ocupación. No somos máquinas. No somos apariencias. Somos personas que necesitamos cimientos firmes, base sólida.

Si no tenemos cimientos, somos como la ceniza que el viento lleva y maneja su capricho. Nuestro definitivo cimiento, la roca donde podemos descansar, es Dios. Todo lo demás se mueve, se tambalea, cae. Preguntemonos sobre qué cimientos estamos construyendo.

Hermanos, sigamos caminando de mano de María hacia la Pascua con toda la fuerza y la alegría que quepa en nuestro corazón. Feliz domingo a todos.

+ Jesús, obispo de Ávila